

# "OYE PATRIA MI AFLICCIÓN"

## o donde un autor es al fin bien recibido en su país

JOSE MONLEON

la etapa anterior. Los aplausos interminables, el discreto comportamiento del autor, el mismo hecho de que éste no pronunciara una sola palabra, contraviniendo la norma de los grandes éxitos, la relación relajada entre escena y escenario, prueban que al fin el plazo se ha cumplido. El futuro aclarará cuál es el valor del teatro de Arrabal para la sociedad española. Lo que el presente acaba de afirmar —cuántos años han pasado desde aquella noche en que el público de Dido meneó su salida a escena tras "Los hombres del triciclo"— es que Fernando Arrabal es al fin, en términos sociales y no puramente temáticos o literarios, un autor español, aplaudido y celebrado por una obra concreta, y no un hombre sometido a la deformadora mediación de nuestra contienda —y poscontienda— civil.

### España con aflicción

De "Oye patria mi aflicción" publicamos una extensa crítica en estas páginas a raíz de su estreno en Barcelona. Ocurrió hace aproximadamente un año, y allí señalamos ya las características fundamentales del texto, del montaje de Fernandes y de la interpretación. Aho-

ra, en Madrid, en fechas también malas —para descrédito profesional de muchos empresarios de local, que se han pasado el año con sus salas semivacias, presentando espectáculos a menudo deleznable—, aunque con la expectación que se reserva a los "grandes estrenos", la obra ha aparecido con las líneas generales de aquel montaje, en algunos extremos incluso mejoradas. Mejoradas con la incorporación de Encarna Paso a un reparto que en los restantes personajes permanece inamovible, y también en la remodelación de Cytrynowski —escenógrafo, además, del espectáculo—, quien conservando las excelentes ideas de Fernandes ha clarificado el sentido final del drama, dándole así a éste una emoción y una dureza que no tenía en Barcelona.

La propuesta de Arrabal es, por lo demás, abierta e irreductible a cualquier esquema monolítico. Junto a la delicadeza, la más agresiva obscenidad; junto a la imaginación lírica, el elemento soez; junto a la abstracción, la anécdota, y en otro orden, junto a la imagen más degradada de la historia de España —representada por un ruinoso castillo—, su amor al personaje de

Latidia, loca quijotesca, simbólicamente ciega, repleta de versos patrióticos, enamorada de tantas ruinas y dispuesta a defenderlas de la cadena de hoteles Hilton —con todo el contenido cultural que tales hoteles sugieren— que quiere alzarse sobre su solar. Frente a esta España, amada y odiada, dolor y a la vez raíz, situada fuera y dentro —"fuera", en tanto que materia analizable; "dentro", en tanto que cultura— de cada uno de nosotros, Arrabal levanta una respuesta del todo congruente con la misma manera de enunciar el problema. Destruído el castillo por las termitas —es decir, por su vejez—, Latidia se dispone a alzarlo de nuevo; se diría por un momento —y la imagen escénica es bellísima— que estamos ante un final linealmente optimista, ante un canto a la capacidad colectiva, al estilo del que cierra tantas obras revolucionarias. Pero no es así; primero, porque al frente del esfuerzo va el "irrealismo" de Latidia, su magnificación de la historia, con todo lo que el quijotismo tiene de creador y de inseguro, y segundo, porque aquel nuevo castillo, aquel nuevo país, se hace de acuerdo con los viejos planos —los planos de la Torre de Babel—, según

una herencia cultural que tal vez esconde —dolor y raíz— la repetición del ciclo. Las frases últimas de Latidia, volando por el espacio en brazos de un ser mitológico, quizá señalan, en el ánimo de Arrabal, que sólo el amor puede serenar, siquiera momentáneamente, la condición humana... El que en la perspectiva ideológica de Arrabal no entren ciertos elementos, tal vez fundamentales —la suya es una España lumpenizada, contra la que se alzan los mitos, pero en la que no aparecen las clases obreras—, es algo que no puede sorprendernos demasiado. La obra vale como está, y adonde no llega no deja de alzar poéticamente numerosos interrogantes sobre la degradación de los tantas veces "bien ordenados" valores sociales.

El trabajo de Aurora Bautista es extraordinario. El mejor de su carrera y una de las grandes interpretaciones del moderno teatro español. En su misma biografía está la contradicción explorada por el dramaturgo. Hasta podría decirse que toda su vida artística ha sido una preparación para llegar a este "Oye patria mi aflicción", a la que, como productora, ha dedicado tan generosos esfuerzos. El reparto es en su conjunto, que es lo importante, excelente. Cada intérprete ha sido elegido con sumo cuidado, atendiendo más a las exigencias del personaje que al "nombre" del actor. Digamos que son, por orden de aparición: Aurora Bautista, Encarna Paso, Fernando Villaroya, Juan Llaneras, Manuel Lillo, Alberto Fernández, Jaime Redondo, Carla Cristi, Vicky Lagos, Félix Rotaeta y Nicolás Dueñas. Todos están creativos, divertidos y crueles.

A los actores que en su día rechazaron la obra por considerarla incoherente y luego se han ganado el pan con obritas deleznales; a los empresarios, que no quisieron programar la obra en los buenos meses de temporada, cosechando en sus salas fracaso tras fracaso; a cuantos proclamaron que Arrabal era poco más que un "invento político", el estreno del Martín debe servirles de justo castigo. La "reparación", al fin, se ha hecho. Lo cual no supone —¡naturalmente!— que haya llegado la hora de la "conversión" y que el teatro de Arrabal no suscite, antes como ahora, distintas reflexiones, dudas y aquiescencias. En suma, la pasión y el debate propios de la obra artística, tan ausentes en la mayor parte de los estrenos teatrales de nuestros días. ■

Fotos: ANTONIO TIEDRA.



En la obra se presenta una España lumpenizada contra la que se alzan los mitos, pero en la que no aparecen las clases obreras.